

Mediados de abril, 1938

Manuela, sentada junto a la cocina de leña, remendaba pantalones, inspeccionaba los botones de las camisas y una vez satisfecha ante la prenda terminada, la doblaba y distribuía en la maleta intentando acomodar todo sin arrugarse. «Pobres, pero limpios», pensaba.

Con sus manos grandes y deformadas por la artrosis, movía la aguja con soltura, casi sin mirar, ajena al dolor de cada pespunte. Mientras, su cabeza, un revuelto suave de algodón y cubierta por un pañuelo negro, navegaba por su propia historia perdiéndose en mil detalles. Se detenía por un instante en escenas del pasado o escapaba de prisa de los malos recuerdos, como si espantándolos pudiera deshacerse de ellos. De todo había en su memoria. Cincuenta años dan para mucho o para nada. En un pueblo tan pequeño como el suyo, el tiempo parece pegarse inmóvil a sus paredes de piedra.

Durante unos segundos se quedó quieta, dejándose atrapar por los recuerdos. Se había casado con veinte años. Al día siguiente de la boda, comenzaron a construir esta casa y poco antes de terminarla, se vino a vivir aquí con su «hombre», como ella decía. Casi nada había cambiado desde entonces: la misma ventana abierta en primavera y verano tratando de renovar el aire para recibir un poco de fresco y cerrada en otoño e invierno impidiendo la salida del calor. El viejo armario de madera de castaño, vencedor de la guerra contra el tiempo y con una puerta medio cayéndose. El banco pegado a la pared, la mesa recubierta de hule donde comían y cuatro sillas más. Colgando de un clavo en la pared un calendario con una foto de Nuestra Señora de las Angustias. «¿A quién mejor, le podemos colocar nuestras penas en el pecho?, pensaba. De dolor ella entiende mucho»

Poco más habían hecho que tapar los agujeros de la vida: las malas cosechas y los bajos precios de las buenas, no daban para mucho. Logró —y de milagro— darle a Javier, su marido, un hijo. Quizá por eso era tan brusco y tan callado. No es que fuera malo, que no lo era. En la intimidad se volvía niño. Bien lo sabía ella. Había acariciado su cabeza recostada contra su pecho cuando las faenas del campo lo agotaban, la falta de lluvia presagiaba una recolección miserable o la vida las traía mal dadas. Algunas

veces le parecía lejano, como si viviera en la misma casa, en la misma habitación, sin verla. Él siempre quiso más descendencia. «Los pobres necesitamos más hijos para salir de la miseria», decía. Pero ella no pudo dárselos. «Gracias a Dios y al médico», que consiguieron salvar a Sebastián. Fue un milagro.

¡Qué bien se acordaba! Fue a finales de junio. Su marido le dijo:

—Mujer, ven y me diriges la yunta mientras cargo el carro. Con que te pongas delante es suficiente.

—Claro, eso todavía puedo hacerlo.

Llevó la mano al vientre como para proteger a su hijo de un mal presentimiento y comenzó a arrepentirse de haber aceptado. Manuela se sabía mujer de su marido y lo acompañaba en todo, pero quizá ahora hubiera sido mejor negarse.

—Mujer, te quedas pensando ¿Quieres mejor que llame al chaval de la Luisa?

—¡Qué no, Javier, que no! ¡Qué vas a molestar a nadie! Anda, yo voy. Eso no es trabajo.

Le faltaban dos semanas para salir de cuentas y dirigir las vacas no era un gran esfuerzo o al menos eso pensaba. Pero ya se sabe, hasta en las cosas más pequeñas encuentra el diablo un resquicio para hacer daño ¡Vete a saber qué! Lo más seguro un moscardón picó a uno de los animales y se encabritaron. La mujer quiso detenerlos, pero no le hicieron caso y la tiraron. Lo único que recuerda de aquel momento fue a Javier gritando como loco, subiéndola al carro para llevarla al médico y sus propias manos sujetando el vientre mientras rezaba y pedía que a la criaturita nada le pasara. Y Dios —Dios mucho más que el médico—, escuchó sus ruegos. Cuando el doctor la vio, las aguas se le habían escapado. El médico ni lo dudó. Tomó el bisturí y le cortó la ropa y el vientre, así, sin anestesia. Pocos minutos después, el niño lloraba entre sus brazos. El pequeño se salvó, pero su cuerpo ya no sirvió más para tener hijos. ¡Nunca tuvo que haberle hecho caso a Javier! «Los hombres, ya se sabe, no entienden de esas cosas, se dijo y yo no tuve que hacerme la valiente. ¿Qué pintaba allí con aquella panzona delante de las vacas? Javier pudo haber llamado a cualquier rapaz de los vecinos. ¡Y

mira que me lo dijo! ¡Pero qué se le va a hacer! El hombre propone y Dios dispone. Siempre fue así».

Y ahora, este hijo nacido de milagro se le va a la guerra. Un escalofrío la obligó a echar un par de troncos a la cocina. Sin darse cuenta se le escapó un ruego al cielo, el único asidero en aquel momento ¿En qué otro lugar se podría depositar la esperanza? «¡Que no me lo maten, Dios mío! Sin él no nos quedaría nada. Madre mía de las angustias devuélvemelo vivo».

Su Sebastián era bueno. Muy reservado, eso sí, pero bueno. Mira que llevar saliendo con Mariana casi un año y no haber dicho nada en casa. Y lo peor de todo fue enterarse por su futura suegra:

—Algún día tenéis que venir a merendar. Ya sabes que tu Sebastián están saliendo con mi Mariana.

—Sí, algo he oído —respondió Manuela tratando de ocultar la confusión—. Mi hijo, la verdad, no es muy hablador.

—Mujer, no abras así los ojos. ¡Está enterado todo el pueblo!

—No, si saber lo sabía. Pues... pues claro que sería bueno juntarnos para merendar.

—No se diga más. El domingo por la tarde os venís.

Su Sebastián era así: callado y tozudo como una mula. Si se enteraron de algunas de sus trastadas, fue por los vecinos o por alguna familia airada que vino a protestar. Como aquella vez con el Mario. Según les dijeron, llevaban una carga de abono para la finca, cuando al pasar el carro por su lado, se metió en un bache y un poco el estiércol se cayó y lo manchó. El rapaz agarró una piedra, tras apuntar, cerró los ojos y se la lanzó al caballo con toda su fuerza. El animal se espantó y volcó el carro.

El Mario y su mujer vinieron a casa a protestar. Mi marido hizo las paces ofreciéndose a ir y volver a ayudarles a ponerlo en pie y cargarlo de nuevo. A la tarde, cuando el niño regresó, Javier lo castigó a limpiar la cuadra de las vacas.

«Mi Sebastián no es malo, pensaba la madre, tiene un pronto que le pierde. Siempre lo ha tenido y no sé si cambará con los años».

Aquella última semana, Manuela, aun siendo época de siembra, no había salido al campo. Todo su tiempo lo había empleado en las tareas domésticas y en preparar la ropa para el hijo que iba a defender España. No le importaron los viejos trapos de su marido o de ella misma. Sebastián se marchaba a defender la patria y no podía ir de cualquier manera. No, no iba a sentir vergüenza ni de su madre, ni de lo pobres que los había hecho la tierra. Todo lo llevaría ordenado y limpio.

Las horas se gastaron en la lana que zurcía los calcetines; el hilo que colocaba los botones perdidos de las camisas; los remiendos de los pantalones de la manera más disimulada posible, ocultando la vejez de las telas. El jueves, ya muy de madrugada, cerró la vieja maleta sin asas y dio su trabajo por terminado.

«¡A la cama! Mañana debes levantarte temprano para ir hasta la estación a despedir a Sebastián», se dijo a sí misma.

¡Despedir! La palabra dolió en el fondo del alma de la madre ahora que todo estaba terminado. ¿Despedir? ¿Por cuánto tiempo? ¡Despedir a Sebastián! Antes, cuando el niño iba con su padre a la ciudad, a Valladolid, para vender el grano o la fruta, la despedida era más bien un motivo de alegría. Ambos regresaban con un dinero fresco que ella se encargaba de alargar para poder pasar el invierno: comprar la nueva simiente, algo de carbón, zapatillas y solo de año en año, alguna prenda nueva. Todo podía ser recosido, remendado, heredado de padre a hijo... La vida en el campo era difícil y debían recortar los gastos a lo más imprescindible. Muchas veces lo dijo su Javier: «El pan que ponemos en las mesas, a nosotros, cada año, nos hace pobres. Los abonos cuestan más, las semillas son más caras y el cereal se vende a menos. Mal negocio este del campo».

¡Despedir! Ya no se trataba de ir a la ciudad. Era la guerra. La maldita guerra que se tragaba a los mejores mozos, arruinaba los campos, las casas y las familias. La madre sabía que la guerra traía muerte: la sembraba, la cosechaba. No comprendía las reivindicaciones de unos ni las peticiones de los otros. Siempre había dejado la política para el marido. Solo entendía el dolor. Lo sentía como propio cuando se enteraba de

que, en cualquier pueblo de los alrededores, habían enterrado a alguien muerto por la maldita guerra. Ese dolor se acrecentaba si la víctima era paisano suyo. Como el hijo de Luisa: lo trajeron directamente a la Iglesia y les prohibieron abrir la caja para despedirlo como Dios manda. Ni siquiera lo dejaron ver a través del cristal. ¿Quién sabe si era él en realidad?

Todos esos muertos fueron a defender la patria. ¿De quién? Manuela apenas pudo ir a la escuela y quizá por eso no entendía mucho de política. Se le hacía difícil entender quiénes eran ahora los enemigos y quiénes los buenos. Cuando los Reyes católicos luchaban contra los árabes, ellos eran los enemigos que querían conquistar nuestro suelo, era otra nación que intentaba invadir la nuestra. Ahora no eran los de fuera entrando a robarnos la patria. Eran los nuestros contra nosotros, nuestros hijos contra nuestros hijos.

¿Cuántas veces había ido al cementerio en los dos últimos años? Ya ni se acordaba. Lo sabía bien: el pueblo se había convertido en un cementerio. La mayoría de las mujeres llevaban luto por un hijo, un hermano, un primo o ¡vete a saber quién! Las calles se estaban llenando de siluetas envueltas en negro. Las sonrisas, al igual que las fiestas, abandonaron la vida. Aquellos dos últimos años, las celebraciones de San Pedro y el Cristo habían sido suspendidas. El luto se estaba adueñando de la existencia.

La madre sintió que las lágrimas le inundaban los ojos, las manos, el alma. Un embalse contenido mientras observaba la maleta ya cerrada. Mil ríos de dolor que navegaban por sus mejillas. Era inútil secarlas con la punta de los dedos o el pañuelo. Ellas manaban, brotaban, reventaban. Dolor y malos presentimientos flotaban en su alma como troncos abandonados en el río.

No sintió los pasos de Sebastián, su hijo, a su espalda hasta que el calor de una mano de hombre se le posó en el hombro. Entonces intentó ocultar el llanto. Incluyó la cabeza y con voz de lágrimas invitó a su hijo a dormir:

—Vamos, hijo, mañana hay que madrugar.

—Madre, es usted la que está trasnochando.

—Quería dejar todo listo, ya sabes que me gusta que andes limpio y cosido.

—Lo sé, madre, pero es hora de dormir. Mañana hay que levantarse temprano y usted no ha dormido nada. No solo hoy, las últimas noches la he oído dar vueltas por la casa.

—Hijo, sabes que no quiero molestar a tu padre cuando duerme. Yo soy de sueño corto, nunca he dormido mucho. Tu padre necesita más cama. Y sobre todo ahora, que estamos en la época de siembra y anda cansado el hombre —por un momento, la madre se perdió en sus propios pensamientos—. ¡Más se cansará con tu marcha!

—Volveré pronto—dijo Sebastián mientras abrazaba a su madre tratando de infundirle confianza—. Me han dicho que la guerra está terminando y que quizá ni siquiera entre en combate. Franco ya tiene sometida casi toda España.

—¡Dios te oiga, hijo! ¡Dios te oiga! Cuídate bien. Ya que no pude darle más hijos a tu padre, que puedas tú, llenarlo de nietos ¿Te despediste de Mariana?

—Claro. Esta tarde estuve en su casa despidiéndome. ¿Cómo no iba a hacerlo, madre? Mire, —sacó el pañuelo de la cartera y lo puso en las manos de su madre—, me ha regalado este pañuelo bordado con mi nombre y empapado en su colonia y este detente bordado por ella misma.

—¡Qué bien borda Mariana! El corazón de Jesús está perfecto y son hermosos los rayos del sol rodeándolo. Llévalo siempre contigo, hijo, para que te proteja —le dijo mientras se lo devolvía.

Luego, guardándolo, cambió de tema.

—Esté tranquila, antes de lo que piense estaré de vuelta. Ahora a la cama.

Cogió el pañuelo, lo dobló y lo puso de nuevo en la cartera.

—Hijo, sabes que siempre te lo hemos pedido y sé que soy pesada: ¡Domina el genio! Aquí, en el pueblo, una discusión puede acabar con un ojo morado, pero allí hay armas.

—Madre, nunca me he metido en nada si no me buscan. Bien sabe que soy tranquilo. ¡Pero por nada del mundo voy a dejar que se rían de mí!

—Lo único que te pido es que vuelvas. Si tienes que aguantar alguna risa, lo haces, nadie se muere por eso. Recuerda: ¡Lo importante es volver a casa! Anda, vamos a dormir.

—¡Mira que tonta! Se me olvidaba. Te he puesto dos frascos de tintura de yodo. Nada más que pueda te mandaré más. Limpias la herida y le pones un poco. No la rasques. Te advirtió el doctor que eso es lo peor que hay para los eccemas. Le pones la medicina y esperas a que se calme. Si puedes que se seque al aire.

—Madre, que no hace falta. ¡Hace tiempo que no tengo nada!

—¡Tú hazme caso! Sabes que si te pones nervioso o te pilla el frío vuelve. Y las madres sabemos mucho eso —dijo mientras empujaba a su hijo hacia el pasillo.

—¿Usted qué sabe?

—No olvides que lavo tu ropa y en la pernera del calzoncillo queda la sangre de la herida. Así que no me digas que hace tiempo que no ha vuelto. Venga, la cama. ¡Qué descanses!

—Usted también.

Madre e hijo se fueron cada uno a su habitación. La madre ocultó el rostro en la almohada mientras en su mente vagaban los fantasmas de los muertos y de los vivos. Muertos que llegaron hasta ella en las conversaciones de otras mujeres que le contaban horrores oídos a otras mujeres: hombres mutilados, sin piernas, sin manos, con la cara llena de grandes cicatrices. Mujeres de luto caminando en procesión hacia el cementerio a enterrar a sus muertos o escondiéndose en casa para ocultar su cuerpo y su alma atropellados. Niños mirando la foto de un rostro desconocido y lejano al que llamaban padre porque alguien se lo dijo.



La hora de salir para la estación encontró a la madre ya levantada, con los ojos enrojecidos y sin haber sido cerrados por el sueño. Eran las seis y media de la mañana.

Estaba oscuro y al día le faltaba más de una hora para abrirse paso. Cuando los hombres entraron en la cocina, ella ya había preparado un poco de café y algunos bocadillos para el hijo.

—Sebastián, mete esto en la bolsa. Es un trozo de chorizo, otro de queso y pan. ¡Vete a saber cuándo llegáis! Seguro que no os dan de comer por el camino.

—Mujer, —dijo Javier—, dale un par de ristras más de chorizo y un par de botes de leche condensada, seguro que donde va le harán falta.

—Ya le puse tres en la maleta y un poco de salchichón ¿Cómo puedes pensar que no iba a mandarle nada? ¡A quién se le ocurre!

Javier concentró su mirada en la taza de café y dijo:

—Hijo, cuídate, no te expongas al peligro, no tienes que demostrar que eres valiente. Ni que siempre te sales con la tuya. Es preferible que vuelvas vivo a que te nos devuelvan en una caja como a los héroes.

—Padre, estén tranquilos, —dijo con una media sonrisa mientras levantaba del suelo la vieja maleta—, pronto estaré de vuelta. Por lo que se dice, la guerra está a punto de terminar. Franco va ganando. La contienda ya no durará mucho.

Sebastián puso su mano sobre el hombro de la madre y lo apretó con suavidad intentando ayudarla a contener las lágrimas.

—Hijo mío, tienes que volver sano y salvo, ya sabes que has comprometido tu palabra con Mariana. Es una buena chica.

—Sí, padre, descuide. Si todo va bien, seguro que vuelvo antes de Navidad. Para la siembra del próximo año ya puede contar conmigo.

El resto del café lo tomaron en silencio. No quedaba ya mucho más que decir. Luego salieron a la calle y se dirigieron al apeadero.

Sebastián llevaba la vieja maleta de madera oscurecida por el tiempo, colgada de una cuerda. El asa se perdió quién sabe en qué batalla, Quizá cuando su abuelo regresó de Cuba o mientras estuvo oculta y olvidada en el desván. Tenía protegidas las esquinas

por herrajes de latón que hacía tiempo habían perdido su tono de purpurina oro y lucían oxidados. Las cintas de cuero estaban cuarteadas, aunque todavía cumplían con su tarea.

Llegaron a la estación con el tiempo justo. El tren ya estaba parado esperando en el apeadero. Otros mozos, otras madres (aunque quizá las madres eran siempre las mismas) llenaban la estación. Susurros de despedida. Lágrimas que se intentan ocultar con el pañuelo. Oraciones devotas a un cielo que permanecía aún oscuro y en silencio. Besos, miles de besos. Abrazos que se clavaban en la espalda. Labios de enamorados que buscaban guardar el calor para la ausencia. Esposas que pudieron gozar de su hombre dos o tres días. Un desfile interminable de personajes. Manos atadas a otras manos que asoman por la ventanilla. Enamoradas que se mantenían alejadas en el andén, a la espera de acaparar para ellas una última mirada porque quizá nunca luciesen un vestido de boda. ¿Quién sabe cuándo volverían a verse?

Sebastián apretó la mano de su padre y besó a su madre en la frente. Subió por la escalerilla delantera al balconcillo y entró al vagón. Era su primer viaje en tren. Trató de hacer como los otros. Camino por el pasillo en busca de alguna plaza vacía. Casi todos los asientos estaban ocupados. Al fondo quedaban todavía algunos libres. Como pudo, fue sorteando los bultos, los petates y las bolsas, hasta que logró sentarse. Colocó la vieja maleta entre las piernas y se recostó contra el asiento. Fue mirando con detenimiento el vagón. Todo, a excepción de las ventanillas, era de madera: los bancos, las paredes y el suelo. Los techos estaban pintados de blanco.

Por primera vez en la vida se apoderó de su ánimo la soledad. Nadie había en ese vagón que formara parte de su vida. Estaba rodeado de extraños encarcelados como él en una jaula móvil de madera.

El silbato del jefe de estación, invitando al convoy a partir, lo sobresaltó y le hizo moverse en el asiento. Justo el tren comenzó la marcha. Se puso en pie. Apoyándose en la ventanilla y levantando la mano, se despidió de sus padres. Se sentó de nuevo fijándose a hurtadillas en lo que hacían los demás. Colocó sus manos bajo los muslos, irguió el cuerpo y sintió tensión en la espalda mientras iba aumentando la velocidad. En los vagones imperaba un silencio roto por cuchicheos. Algunos jóvenes tenían la mirada

perdida en ninguna parte. Otros, se levantaban y salían al balconcillo a fumar o a charlar un rato. Cualquier cosa era buena para matar el tiempo.

Examinaba el movimiento de los demás muchachos tratando de no ser visto. Algunos, vete a saber cuándo se subieron, dormían al amparo de un día que no había terminado de nacer. Varios conversaban en voz baja. Sebastián no tenía ganas de hablar, pero, de todas formas, no había nadie a su lado con quién hacerlo. Mejor así, pensó. Cerró los ojos. En ese gesto ocultó su miedo. Miedo a que la muerte le asaltase en cualquier parte del camino, en cualquier esquina, en cualquier trinchera; durante la noche o durante el día. ¿Qué importaba el sitio o la hora? La muerte podía esperarlo en cualquier esquina. Agazapada mientras sujetaba un fusil o una ametralladora entre las manos. La muerte era el fin de su historia. Quizá el medio más rápido de regresar al pueblo, a su pueblo y a los brazos de su madre y de Mariana. Ya no estaría para la siembra de marzo, ni para el trigo de julio, ni para cumplir las esperanzas de su madre de llenar a padre de nietos.

Trató de apartar esos malos pensamientos. De la muerte decía su padre «mentarla es meterla en casa». Era mucho mejor no nombrarla para mantenerla lejos. Sebastián sintió la necesidad de apretar los ojos en un gesto de asco, tratando de apartar de su mente la sola idea de su posibilidad.

El traqueteo flemático de la máquina de vapor lo cansaba más que las horas encerrado en un vagón del que ya no percibía la mezcla pestilente de sudor, viandas y tabaco. Cambiaba el paisaje durante el recorrido, el resto era igual a excepción de algún rostro nuevo subido en cualquier parada. En cada estación una nube de humo convertía la respiración en imposible e inundaba la boca con un sabor de carbón; andenes llenos de gente abrazándose, despidiéndose; lágrimas, promesas, deseos...

De nuevo la marcha. La mayoría de los futuros soldados dormían o viajaban con los ojos cerrados y la cabeza recostada en el asiento ¡Quizá no merecía la pena abrir los ojos! Era mejor caminar con ellos cerrados, sin ver nada, sin mirar nada. Al menos esa oscuridad ofrecía la sensación de no ser culpable y los liberaba de cualquier responsabilidad. Son muchas las veces que he visto cerrar los ojos frente a la realidad,

para no meterse en problemas, esquivando defender la verdad, huyendo de la propia responsabilidad de practicar la justicia. ¿Cuánta veces, Dios mío, no los he cerrado yo?

Sebastián había experimentado muchas veces ese sentimiento de alivio al cerrar los ojos. Aquel gesto lo mantenía alejado de los conflictos y lo liberaba del posterior remordimiento. De niño, cuando las discusiones de su padre y su madre le llegaban a través de la pared de su habitación, oía los ruidos, las voces y los gemidos ahogados contra la almohada. Cerraba los ojos con fuerza y escondía la cabeza entre las sábanas. La oscuridad le producía alivio, lo transportaba a un mundo distinto, a una realidad mucho más ignorante y benigna. Nunca preguntó a su madre nada sobre esas discusiones, ni el sentido de su llanto ahogado. Con el paso del tiempo las disputas desaparecían con solo juntar los párpados.

También cerró los ojos cuando su padre mató de un tiro al viejo Nerón, un galgo de caza que sirvió a la familia durante años y fue siempre cumplidor con su amo. Pero el tiempo lo había dejado ciego y sin olfato. «Ya no sirve *pa'na*», dijo su padre antes de descerrajar un tiro sobre el viejo can. Sebastián cerró los ojos justo cuando levantaba la escopeta. El sonido del disparo se le clavó dentro y tardó varios días en desaparecer. Muchas noches en los meses posteriores, el estruendo de la descarga lo despertó aterrorizado. Caminó tras su padre de regreso a casa y sintió dos pequeñas lágrimas colársele entre los labios, dejándole un sabor a miedo y sal.

Nerón había sido un buen amigo. Cada tarde, al regresar de la escuela, ahí estaba el viejo chucho esperándolo para acompañarlo a casa. Cuando salía para los recados, ya fuera de día o de noche, era su compañero de camino. Un silbido, una voz y Nerón aparecía de inmediato a la espera que su amo le acariciase la testa o el lomo.

Cerrar los ojos. Esa era la consigna de la vida. Cada día tenía que cerrarlos una y otra vez para sobrevivir, para ir tirando. ¿No cerró los ojos cuando le pegó a Juanjo? Sí, cerró los ojos y le dio puñetazos sin mirar una y otra vez mientras gritaba:

—¡De mí no te ríes! ¡De mí no te ríes!

Hubiera seguido dándole golpes si los otros chicos no lo hubiesen agarrado para separarlo. Si algo no aguantaba era la burla. Y Juanjo se había burlado cuando el maestro comentó sus deberes mal hechos.

Durante una temporada los otros muchachos se apartaron de él: dejaron de llamarlo para jugar al fútbol o para ir al río. No le importó. Había marcado clara la línea de su aguante. Si la traspasaban, les haría saber hasta dónde podía llegar: jamás permitiría una burla, antes muerto.

Tampoco quedó olvidada aquella otra vez, cuando el maestro se había reído dejando claro que era un desastre y mejor le sería seguir cuidando cabras, porque de matemáticas entendía poco. En los labios del viejo educador se dibujó una sonrisa. A esa burla le llegaría, bien seguro, su respuesta.

Los golpes propinados a Juanjo le devolvieron la paz robada, dieron satisfacción a los deseos ocultos, agazapados a la espera de convertirse en justicia. Igual que los cristales de la casa del maestro. El viejo profesor nunca supo que las piedras que los convirtieron en añicos salieron de su mano ¿Se reiría ahora? ¿Lo mandaría a cuidar cabras?

Si dejaba que uno se riera de él tendría que aguantar la risa del siguiente, y del siguiente y algún otro más, A esto no estaba dispuesto. Nunca lo estuvo. Siempre había sabido dónde estaba la frontera entre broma y burla. Sus puños la defendían bien.

En aquel momento viajaba en un tren con los ojos cerrados, al lado de otros hombres que compartían la misma oscuridad y su misma postura.

Él no se fijaba en los campos a punto de ser vestidos por la primavera. Ni en los verdes, a veces nevados, de las montañas. Ni en el cielo claro y azul que le acompañó durante todo el recorrido. Los reclutas eran ajenos a todo aquello. Nada de aquel paisaje castellano entraba por sus ojos. Según avanzaba el día, el calor en los vagones se iba haciendo insostenible. Abrir las ventanas no ayudaba en nada. Más bien permitía la entrada del humo, convirtiendo el aire en irrespirable. Quizá por eso los vagones iban medio vacíos, con los muchachos agolpados en los balconillos o subidos a los techos. Cuando alcanzaban alguna pendiente ascendente, los más atrevidos se bajaban del

tren y caminaban al lado de la vía a pie, hasta que el convoy podía tomar de nuevo velocidad. Lo que más les molestaba a los soldados eran las largas paradas en las estaciones mientras esperaban para dejar paso a otros trenes que venían en dirección contraria. Lo único positivo de esos retrasos inútiles era la posibilidad de poder beber algo fresco.

En Venta de Baños, el jefe de estación salió de su oficina para explicar el tiempo de demora. Era un hombre alto, con lentes redondos apoyados en la punta de la nariz y una gorra roja sobre la cabeza. Por su pelo corto canoso y las arrugas de su cara tendría entre sesenta o sesenta y tres años. Pidió la atención de los soldados con el cornetín y les explicó la demora:

—Soldados, tenemos que esperar al expreso que viene de Burgos. Estará aquí en unos treinta minutos. Los malditos rojos lo han destrozado todo. En muchas partes del recorrido los trenes solo pueden usar una vía en los dos sentidos. Esperemos que ustedes nos ayuden a librarnos de esa lacra de malnacidos. ¡Dios los bendiga! ¡Viva Franco! ¡Viva España!

Un coro abúlico de soldados respondió entre murmullos:

—¡Viva!

—¿Qué mierda de soldados son ustedes? —bramó a gritos—¡Con cojones! ¡Viva España!

—¡Viva!, —respondieron mucho más fuerte.

—¡Viva Franco!

—¡Viva!

—¡Así, alto y claro que no son los maricas de la izquierda!

Hacia las once el convoy abandonó la estación.

Serían las tres de la tarde cuando Sebastián despertó. No sabía muy bien cuánto tiempo llevaba durmiendo. Al abrir los ojos se encontró con otro joven sentado al frente y sacando de su petate un bocadillo. No supo cuando se sentó frente a él ni la estación

donde subió. Pero al verlo y percibir el olor del jamón, lo recordó. Su madre le había puesto varios en la bolsa.

—¿Te apetece?

—No, gracias. Madre me ha puesto también un par de ellos.

Sebastián buscó en la bolsa, miró a través del periódico y agarró uno de chorizo.

—Por cierto, me llamo Domingo y soy de Arroyo de la Luz, Cáceres.

—Yo Sebastián Benjamín —dijo alargando la mano—, de Villalba de los Alcores, Valladolid.

—Pues me gusta más Benjamín, corto y rápido. Mucho más bonito. Quedas *bautizao* como Benjamín. ¿Es la primera vez que viajas fuera de tu tierra? Yo nunca había salido *p'allá* zona. Más de una vez fuimos a Cáceres e incluso llegamos a Badajoz, pero así, tan lejos como ahora, nunca había ido.

—Yo tampoco. Con mi padre vamos casi todos los años un par de veces a Valladolid con las mulas y los carros para llevar el grano. Pero nunca he ido en tren, esta es la primera vez.

Domingo sacó su bota del petate y se la ofreció:

—Toma, prueba el vino de mi tierra. Dicen que no es tan fuerte como el de Castilla, pero entra bien por la garganta.

—¡Gracias! Eso sí que no he traído.

Desenroscó el tapón de la bota, apuntó y apretó el cuero que, en un hilo rojo, fue bebiendo con fruición.

—Gracias hombre, llevaba desde la mañana seco. Buen vino este, algo más flojo que el nuestro, pero se bebe con gusto y además todavía fresco.

El traqueteo continuó a lo largo de todo el recorrido: disminuyendo cada vez que llegaba a una estación y creciendo de nuevo al ponerse en marcha. Se convirtió para los soldados en una música que por veces acunaba sus sueños o la maldecían por

impedirles dormir. El trayecto fue muchísimo más largo de lo necesario: al menos duró diez o doce horas hasta alcanzar la estación de llegada.

Poco después de salir de la estación central de Valladolid, la locomotora se averió y no dejó alternativa: ¡Debía cambiarse! Parados en medio de la vía, los soldados trataban de matar el tiempo: algunos, jugaban a las cartas, otros paseaban charlando animadamente. El maquinista y los fogoneros trataban de arreglar la máquina sin conseguirlo. El jefe de estación se dirigió a la tropa:

—Estos rojos son una plaga, lo han dejado todo destrozado. Las máquinas llevan años sin inspección, las vías las bombardearon para que no pudiéramos recuperar la patria. Esos malnacidos ya están corriendo como los cobardes que son, ante nuestro insigne caudillo. ¡Viva España! —gritó a pleno pulmón—.

Un coro de ¡Viva! Sonando a fastidio recorrió la estación

—Ustedes acabarán esta hazaña y devolverán a nuestra patria la gloria arrebatada por los rojos. Si lo desean, por la entrada principal, tomando la calle derecha cuesta abajo, llegarán a una fuente. Su agua es fresca. Y, justo enfrente, hay una cantina donde pueden tomar un buen vino. Se me ha anunciado que nos están mandando una máquina nueva. Cuando llegue la enganchamos y seguirán el camino.

Hacia las cinco de la tarde llegó una ‘mastodonte’ que empujó el convoy por detrás hasta llegar a la estación siguiente. En poco más de veinte minutos desengancharon la máquina averiada y colocaron la nueva a la cabeza.

A las nueve de la noche consiguieron llegar a la estación central de Burgos. Los vagones abrieron sus puertas y los reclutas, tropezando unos con otros, abandonaron el tren. La terminal, iluminada con tres pobres lámparas de gas colgadas en las paredes de piedra, se convirtió en un revuelto de atijos, maletas, petates y bolsas al hombro. Apenas se podían distinguir los rostros.

—¡Vamos, terminen de bajar del tren de una maldita vez! Vayan al final del andén donde están los soldados y esperen —gritaba un sargento mientras, con paso decidido, recorría la estación.

Era un hombre de unos cincuenta años. Llevaba una gorra verde con una borla de oro en la cabeza; una guerrera de cuello abierto sobre la que destacaba el correa y una cartuchera en la cintura; unos pantalones bombachos y botas de media caña. Iba de un lado a otro gritando:

—¡Muévanse, no tenemos todo el día! Vayan al fondo y esperen junto a los otros.

Tras bajarse el último hombre, el tren continuó su marcha y su traqueteo se perdió en las últimas luces de la tarde en lontananza. Los reclutas, empujados por la masa y las directrices del sargento se fueron agolpando al final del andén, donde una fila de soldados con metralletas, les impedían el paso.

—¡Los de adelante, párense y esperen! Ustedes los de la derecha, vayan más deprisa hacia el grupo. ¡Venga que no tenemos todo el día! Los de atrás, ¿qué coños están haciendo ahí? ¿Están esperando las uvas? Muévanse.

La estación, cuando los últimos jóvenes alcanzaron el grupo, fue quedando poco a poco en silencio.

Para Benjamín era todo novedad. Se movía nervioso entre los otros reclutas, yendo de un lado para otro sin saber muy bien cuál era su destino. Todos trataban de seguir las voces de mando, pero se contradecían entre ellas. Iban de un grupo a otro, de un lado a otro, sin que nadie les diera las instrucciones exactas.

Había oído hablar de la mili a los ya licenciados del pueblo. Escuchó las anécdotas de las horas pasadas en las garitas haciendo guardia, de las marchas nocturnas, de las gamberradas que se hacían unos a otros. En aquel momento todo le pareció irreal, lejano. Ahora estaba aquí, a punto de comenzar su instrucción y de entrar en combate. Aquellos estaban en casa agarrados al arado o a los cestos de la sementera. ¿Podría contar su historia al regreso? ¿Una cuneta o una trinchera lo estarían esperando?

El relente de la noche comenzó a clavársele en los huesos. Y el cansancio, después de tantas horas de viaje, apenas le permitía estar de pie mientras arrastraba la maleta. Por fin, el grupo se paró. Sacó la mochila de su espalda y la colocó sobre la maleta. De inmediato sintió algo de alivio en los hombros.

Paseando frente a los recién llegados, el sargento que antes les había metido prisa, daba órdenes ahora:

—Reclutas, soy el sargento primero Felipe, responsable de vuestro adiestramiento y formación. En los próximos meses voy a enseñaros lo que necesitáis para regresar a casa. En la situación actual, carecemos de sargentos y de cabos. Quizá uno de vosotros pueda alcanzar esos galones si aprende lo suficiente como para mantenerse con vida. Y si le cuelga algo decente entre las piernas, que todo hay que decirlo. ¡Con cabeza y cojones, todo es posible!

Se paró un instante frente a los nuevos reclutas, pero su cabeza estaba lejos, allá en las afueras de Madrid, donde estaba enterrado su hijo, luego continuó.

—¡Sed bienvenidos! Estos soldados los van a llevar hasta el cuartel y luego a los barracones que les toquen. Los esperábamos entre las cuatro y las cinco, pero han llegado pasadas las nueve. ¡Ahora toca correr! No queremos tortugas, así que van a ir a paso ligero. Vayan directamente a sus literas. Dejen las cosas sobre la cama y acudan al comedor para la cena ¡Tienen quince minutos! El que no llegue, a la cama sin cenar. Aprendan desde el primer día que no se espera por nadie. Normalmente para los que no lleguen puntuales hay premios. Hoy están liberados, pero a partir de mañana comenzaremos a repartirlos. Ya los irán viendo poco a poco.